

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA,
LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

AÑO 1945 - N.º 10



SEVILLA

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

IMPRESO EN SUS TALLERES GRÁFICOS

ARCHIVO HISTÓRICO



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1945



Tomo IV
N.º 10

SEVILLA
PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
Imprenta de la misma

Excma. Diputación Provincial de Sevilla

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

1945	SEGUNDA ÉPOCA	NÚM. 10
------	---------------	---------

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. Ramón de Carranza y Gómez, Marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Piata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Juan Candau Candau.—D. José Hernández Díaz.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. Manuel Justiniano, Director del Archivo de la Diputación Provincial.

SUMARIO

ARTÍCULOS ORIGINALES

	Págs.
Hipólito Sancho.— <i>Alejandro de Saavedra, Entallador. Ensayo sobre su persona y su obra</i>	121
Manuel Carreras Sanabria.— <i>En memoria del M. I. Sr. Dr. D. Miguel Bernal Zurita</i>	199
Miguel Bernal Zurita.— <i>Sebastián Fox Morcillo, Hispalense</i>	201

MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Nuevos datos de Velázquez, Murillo y Valdés</i>	225
Agustín Cos Soriano.— <i>La llama del Amor en la poesía de Fernando de Herrera</i>	227
Brigido Ponce de León Almazán.— <i>Análisis químico de las aguas potables de Sevilla en 1765</i>	239
Santiago Montoto.— <i>La Fiesta de la Hermandad Sacramental del Salvador y dos sonetos inéditos de Miguel Cid</i>	245
Libros.....	249

APÉNDICE

Licenciado Luis Fernández Melgarejo.— <i>Discurso genealógico de la nobilísima y antigua Casa de los Tellos, de Sevilla</i>	1
Miguel Lasso de la Vega y Quintanilla, Marqués del Saltillo.— <i>Introducción y notas al anterior</i>	1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Sevilla: 30 pesetas al semestre, 60 pesetas al año.—En el resto de España: 32 pesetas al semestre, 64 pesetas al año.—En Hispanoamérica, 35 y 66 pesetas, respectivamente. En el Extranjero, 34 y 66 pesetas.

DIRECCIÓN: APARTADO DE CORREOS 25 - TELÉFONO 23381

ALEJANDRO DE SAAVEDRA, ENTALLADOR

ENSAYO SOBRE SU PERSONA
Y SU OBRA, POR
HIPÓLITO SANCHO

TRABAJO PREMIADO EN EL CONCURSO DE MONOGRA-
FÍAS HISTÓRICAS CONVOCADO POR LA EXCELENTÍSIMA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA EN EL AÑO 1944.



MISCELÁNEA

MISCELLANEA

Nuevos datos de Velázquez, Murillo y Valdés.

Con frecuencia, el investigador histórico halla, junto a noticias fundamentales o importantes para la labor propuesta, datos aprovechables que cuidadosamente recoge; mas sin utilización directa e inmediata por su parte.

Del mismo modo, a los testimonios fehacientes que tras la crítica indispensable en todo caso, pueden ser aceptados, acompañan otros de valor fidedigno, que precisan una tamización lenta y escrupulosa antes de incorporarlos al acervo de materiales utilizables.

En la breve nota presente transcribo algunas noticias tomadas de inventarios notariales de menes de diversas personas, en los cuales figuran los nombres de los artistas que encabezan estas notas al lado de obras varias. Son datos contemporáneos y fidedignos, de relativo, aunque no despreciable valor y que, no interesándome de momento depurarlos en crítica rigurosa, los ofrezco con el deseo de que algún estudioso los halle útiles y consiga identificar las pinturas que se citan:

Inventario de los bienes de D. Diego de Baldovinos Matias, protocolizado el 17 de agosto de 1661 (1), figura lo siguiente:

Un lienzo de Santiago, de mano de Morillo, de 1 2/3 de alto con su moldura y perfiles dorados.

Un lienzo de Nuestra Señora de 2 varas de alto de mano de Morillo con su marco dorado.

Un lienzo de San Francisco de Paula de 2 varas de alto de mano de Morillo, con moldura y perfiles dorados.

*
**

Inventario de los bienes de D. Andrés de Frías Estrada, Tesorero de la Catedral, protocolizado el 9 de julio de 1685 (2), figura lo que sigue:

Otra pintura del Santo Rey Fernando de mano de Valdes con su marco dorado de una vara escasa de alta y dos tercios de ancho escasas.

En la venta de los bienes de D. Melchor de Melo Ponce de León, protocolizada en 1687 (3), figura el dato que se transcribe:

Otro cuadro de más de vara de alto, con moldura dorada retrato de Diego Velázquez. pintor.

*
**

Inventario de los bienes de D. Juan Vélez de Coalla, protocolizado el 18 de marzo de 1687 (4), se lee:

yten 12 lienzos de la vida de Nuestra Señora de mano de Juan de Valdés, con molduras sin dorar y los 6 de ellos que estan acabados y los otros 6 que están por acabar.

*
**

Inventario de los bienes del Marqués de Moscoso, protocolizado el 16 de agosto de 1687 (5), leímos:

yten otro cuadro pintado en lienzo grande de Nuestra Señora de mano de Morillo.

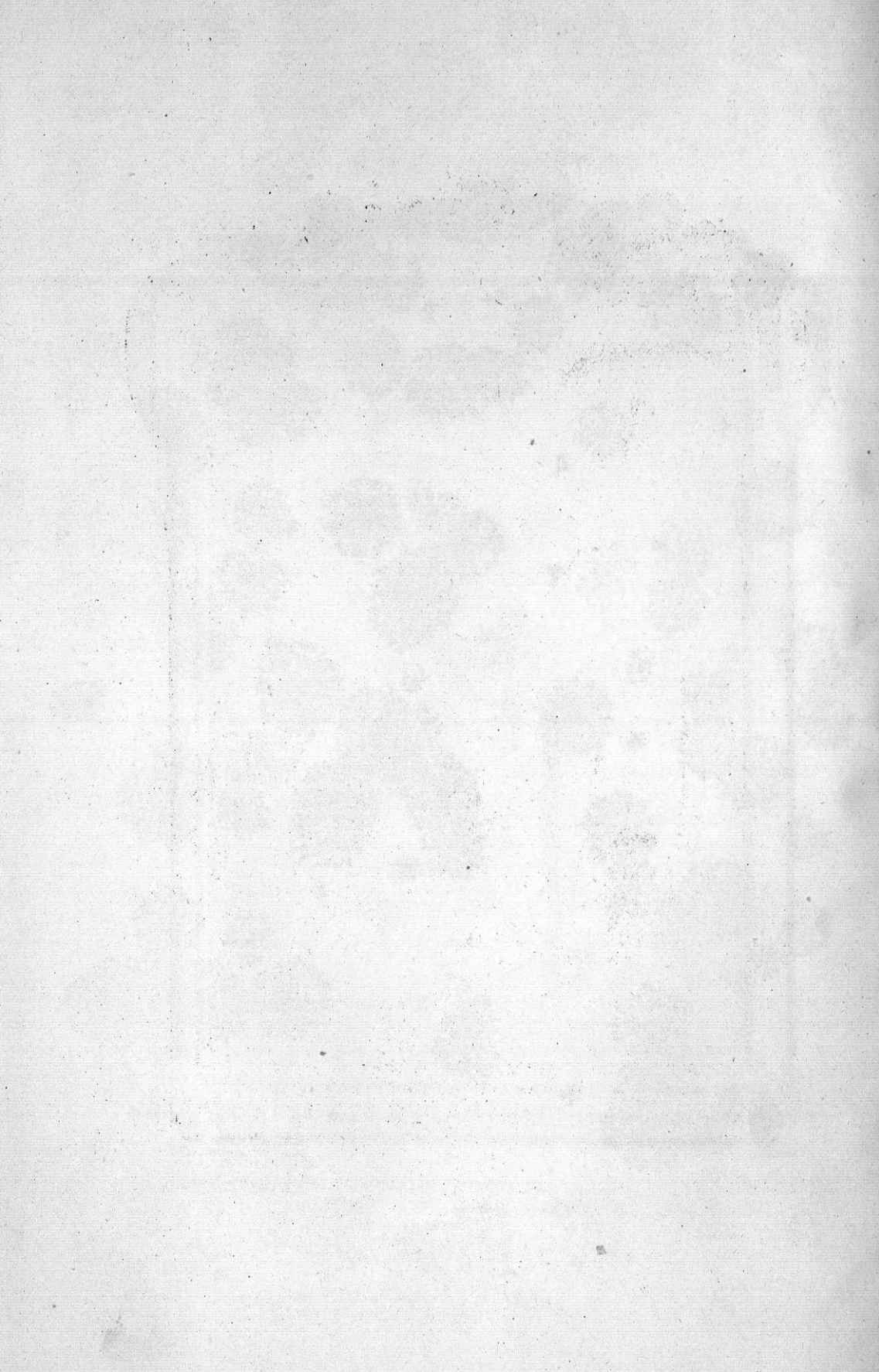
yten un retrato del señor D. Ambrosio Arzobispo de Sevilla de mano de Morillo.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

*
**



(DEL LIBRO DE RETRATOS DE FRANCISCO PACHECO)



La llama del Amor en la poesía de Fernando de Herrera.

*Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran...*

G. A. Bécquer.

Obedece este estudio al noble afán de lograr una más honda comprensión para la obra magnífica de un inspirado poeta. Porque hemos tenido ocasión de comprobar que la lírica de Fernando de Herrera no alcanza, en nuestro tiempo, aquella resonancia que cabría esperar, sobre todo, en los espíritus refinados que se precian de buenos catadores de este mosto suavísimo de la poesía.

Fernando de Herrera ha sido un poeta afortunado. Mereció ya de sus coetáneos el bello calificativo de *divino*. Nunca se le negó en la historia literaria de España un puesto preeminente. Y, finalmente, ha gozado el honor de que el fino hispanista francés Adolfo Coster le haya consagrado su magistral estudio «Fernando de Herrera (el Divino). París 1908».

Pero, a pesar de esto, la obra del poeta sevillano, como dijimos al comienzo, no encuentra en los actuales gustadores de la poesía la puerta abierta de la comprensión. Se le regatea pureza, calor y vida, y se le carga el odioso calificativo de *retórica*. Y ello no es justo.

La poesía de Fernando de Herrera, si algún demérito tiene, y si esto pudiera considerarse demérito, es ser la obra de un hombre culto, de un humanista. En el alma de aquel auténtico poeta estaba bien asentado el poso de sus muchas lecturas: la antigüedad latina, la lírica trovadoresca, los renacentistas italianos, sobre todo. Ello le daba contención, serenidad. Su vida y sus lecturas se funden en su obra poética. No desprecia los moldes; los ama. Ni echa en saco roto lo que otros, antes, dijeron bien; lo recoge. Y así, a la lectura ligera, a esa lectura de poesía que no engarza el verso a la experiencia vivida, las cálidas estrofas del poeta aparecen como monótonas, incoloras, retóricas.

Es de lamentar, porque Fernando de Herrera es uno de nuestros más perfectos cantores del amor. Hay en sus estrofas un logro de expresión difícilmente alcanzable, una pasión honda y contenida, un sereno deleite en el propio dolor. Y si es monótona su lírica, cúlpese a su sola cuerda. ¿No es acaso monótono, siempre igual a sí mismo, y siempre diferente, como una llama, el amor?

Vamos, pues, a estudiar el amor en la poesía de Fernando de Herrera. Apenas si acudiremos a los datos biográficos. En arte, no nos interesa tanto saber cómo fueran las cosas en la vida, cuanto cómo son en la obra. Haremos caso omiso de la cronología de los poemas.

I

Doblado había el siglo dieciséis. Reinaba, por entonces, en las Españas nuestro austero monarca D. Felipe el Segundo. Eran tiempos de gloria para las armas y las letras.

La luz única del sol de Sevilla, ayer como hoy, doraba grutescos y angelotes en las piedras platerescas de las Casas Capitulares; relucía en la cerámica de la portada de Santa Paula, con escudo de los Reyes Católicos, y guirnaldas y medallones en blanco y azul de Niculoso Pisano. En los años del *cinquecento* había asomado al horizonte de la vieja Híspalis, *que Hércules edificó—y Julio César cercó—de muros y torres altas*, aquella luz de alba del espíritu que irradiara la Italia renaciente. Pues no en vano este pueblo fué otrora pueblo de Roma, y padre de romanos emperadores. Sean testigos de ellos esos arcos de medio punto, esos mármoles de columnas y capiteles en los patios donde viven jazmines y arrayanes, donde canta el agua. Aún hoy, la piqueta del arqueólogo le arranca romanas venas a la entraña de la tierra sevillana, rojiza y húmeda.

Pues bien; en estos años no faltaban en la ciudad del Betis, como no han faltado nunca, nobles espíritus amantes de las artes y las letras. Y, entonces como hoy, había casas sevillanas que encerraban verdaderos museos de arqueología y pintura.

Cuéntanos la historia literaria que el erudito sevillano Juan de Malara atesoraba en su casa valiosos restos arqueológicos, hallados por él mismo o sus amigos en las cercanías de la ciudad; y reunía una notable tertulia de escritores y aficionados a las letras, en la que tenía asiento la más florida aristocracia hispalense. Estos nombres, espigados entre otros muchos, nos dirán qué figuras de las letras, las artes o la nobleza asistían o hallábanse en relación con la antedicha tertulia: Diego Girón, el marqués de Tarifa, el canónigo Francisco Pacheco, Pablo de Céspedes, Barahona de Sota, Baltasar del Alcázar, Gutierre de Cetina, Mosquera de Figueroa, el conde de Gelves, Argote de Molina, espíritus todos curiosos de las antigüedades, las artes, las ciencias y las letras, verdaderos humanistas a la manera italiana.

Juan de la Cueva, en un pasaje de su «Viaje de Samnio», hace simpática referencia a la casa-museo y tertulia de Juan de Malara:

En Híspalis, catorce de Febrero
del año del Señor de ochenta y cinco;
a los academistas remitida
del museo del ínclito Malara
presente el ilustrísimo de Gelves.

Otro lugar de cita de los buenos ingenios hispalenses, era el hogar del docto canónigo don Francisco Pacheco, enclavado no lejos de la Alameda de Hércules. Una lápida de mármol, allí colocada por la Academia Sevillana de Buenas Letras, recuerda *tan memorables hechos*.

II

Muy joven todavía, fué figura destacada en estas reuniones don Fernando de Herrera, sevillano, poeta, de hábito eclesiástico y más tarde beneficiado de la iglesia parroquial de San Andrés; hombre falto de ambición, pues con el beneficio se sustentó toda su vida, sin apetecer mayor renta; de carácter retraído, de indómita arrogancia, que no se sometía a humillaciones ni a lisonjas. *Enemigo de lisonjas, ni las admitió ni las dijo a nadie*, dice el pintor Pacheco en su «Libro de Retratos», y añade que esto le causó *opinión de áspero y mal acondicionado*. Confírmalo Rufo, en sus «Quinientas Apotegmas»: *Si aun no es humano, ¿por qué le llamáis Divino?*

Era ya don Fernando de Herrera conocido por algunas hermosas poesías, y preparaba su estro fácil y levantado para grandes empresas épicas. Pero...

En el año de gracia de, 1559, el noble prócer sevillano, amigo de las musas y los poetas, don Alvaro Colón y Portugal, segundo conde de Gelves, marchó de la Corte a la culta ciudad del Betis, acompañado de su bella y discretísima esposa, doña Leonor de Milán. Años más tarde, en 1565, la condesa y su esposo se establecieron definitivamente en Sevilla.

Pronto fué el palacio de Gelves nuevo punto de reunión de ingenios sevillanos. Allí fué don Fernando de Herrera; a Gelves, a dos leguas y media de Sevilla, en la orilla derecha del Río Grande, del manso Betis, que entonces, como hoy, arrastraba su caudal fangoso y amarillo por los campos tartesios, entre naranjos y olivares, hacia la mar de Occidente; allí fué, pues, el poeta; allí conoció y allí cantó a doña Leonor de Milán. Y allí empezó la historia.

III

*Unos ojuelos de color mezclado
dieron principio al mal de mi deseo.*
(Herrera, Elegía VII).

La historia se repite, porque la historia empezó, una vez más, por los ojos,

unos ojuelos de color mezclado.

Que el amor nació allá en los principios del mundo, aquella noche de luna (aquella noche de luna. ¿recuerdas?), en que unos ojos humanos se clavaron en el fondo oscuro indescifrable de otros humanos ojos.

Al poeta, al hombre, aquellos ojos de color mezclado de la condesa de Gelves, le revelaron un incierto mensaje que subía de la tierra; traía húmeda fragancia y latir de mil gérmenes. Sintió que una mano poderosa le detenía en su camino, y le apretaba el corazón; se lo calentaba con dulce llama dolorosa. Una voz sin voz le decía: *hombre eres, humus, tierra: obedéceme.*

Y aquella noche no durmió don Fernando de Herrera. Unos ojos lucían en la tiniebla de su sueño,

unos ojuelos de color mezclado,

y una llama suave le calentaba el corazón.

IV

Teñía la aurora de rosa las aguas del río, al tiempo que el poeta sentía la alegría indefinible del más luminoso despertar. *Belleza y claridad antes no vista* (Soneto IV) le habían hecho nacer a una más alta vida: el amor.

Sintióse, entonces, osado; que osado el amor es; sintióse temeroso, pues no se ocultan a su alma ebria los muros que cercan el fruto deseado; y que, en fin, temeroso es el amor.

Osadía y temor lucharon en su pecho en lucha vana. Cuéntanoslo en aquel soneto, a que hace referencia Lope en su «Laurel de Apolo»: *Herrera que al Petrarca desafía—cuando en sus rimas comenzó diciendo:*

Osé y temí: mas pudo la osadía
tanto, que desprecié el temor cobarde.

Subí a do el fuego más me enciende y arde... (Soneto I).

Subió a donde el fuego más enciende y arde, que no le llevaba la osadía, sino afán irrefrenable y vehementísimo. Y ya no tuvo paz. Aquel ardor que le subía de las entrañas quemó el frío mando de su voluntad, hizo llama en la templanza de su espíritu. Y, envuelto en la llama, dolorosamente, gloriosamente, cantó:

LA LLAMA DEL AMOR EN LA POESÍA DE FERNANDO DE HERRERA 115

El fuego al hielo destempló, en tal suerte
que gastado su humor, quedó ardor hecho;
y es llama, es fuego todo cuanto espiro.
Este incendio no puede darme muerte
que cuanto de su fuerza más deshecho,
tanto más de su eterno afán respiro. (Soneto III).

¡Tanto más de su eterno afán respiro!... ¡Oh, verso mágico, que hablas de lo inefable. Dos palabras, *eterno afán*, y ha definido el poeta lo indefinible. En ellas está todo ese ciego ímpetu que no sabe de la muerte, ya que es expresión suma de la vida.

V

Ya estaba, pues, viviendo en la pura llama de aquel amor que en su alba se aparecía como senda de luz inmarcesible. En la llama de un amor imposible arde el poeta y en ella se abrasa el corazón fuerte de una mujer que sufre y resiste.

Es la hora de cantar. Y el poeta, enajenado, canta:

¡Ay!, los favores casi a fuerza dados,
la habla, la dulzura, y el consuelo,
que dan tarde los ojos recatados,
transportado me tienen en el cielo. (Elegía VIII).

Transportado le tenían los engañosos halagos del dios más cruel; y los mil ojos de su tormento dulcísimo doquiera miraban, allí hallaban bienes de amor.

Porque mi aventurado pensamiento
halla bienes de amor, jamás pensados,
y regalos de tierno sentimiento. (Elegía VIII).

Era un amor en su alba. No podía dañarle, entonces, la ruda fuerza de la pasión:

...que al corazón no ofende
su fuerza toda; que el sutil veneno
que de vos lo penetra lo defiende. (Elegía I).

VI

*Echó pues fuera al hombre, y puso al Oriente del
huerto de Edén Querubines, y una espada encendida
que se revolvía a todos lados, para guardar el ca-
mino al árbol de la vida.* (Génesis, III, 24).

Aquella llama que subía, gozosa, a las alturas, comenzó a recibir los embates de los más helados cierzos. Mil vientos, mil peligros la estrangulaban: la noble virtud con sus odiosas formas el disimulo y el recato, la heroica dignidad, con su más dolorosa expresión, la renuncia...; mil encendidas espadas *para guardar el camino al árbol de la vida*.

Y la noble dama doña Leonor de Milán, y el caballeroso poeta don Fernando de Herrera, bebieron todas las hieles del amor.

Ya no canta el poeta, que ahora llora:

...crece el camino y crece mi cuidado... (Soneto II).

Quisiera volver a su vida, a sus libros, a la paz, bálsamo suavísimo

Tal vez pruebo (mas ¿qué me vale?) alzarme
del grave peso que mi cuello oprime. (Soneto I).

Pero es vano el intento.

No me diste herida tan liviana
que a lo íntimo del alma no tocase
quedando en ella eternamente abierta. (Soneto XIII).

Que en vano lucha la voluntad, si el corazón está vencido.

Al lloroso ejercicio del cuidado
vuelvo, de mis trabajos, perseguido
de vida sí, no de pasión cansado. (Elegía I).

Cánsale, pues, la vida; no la pasión, que es eterno afán que quemando vivifica. En tres tiempos, en tres versos, que recuerdan al Petrarca, nos pinta la gráfica del incendio de su alma:

Fuego soy cuando el orbe se adormece,
incendio al esconder de las estrellas
y ceniza al volver de nueva aurora. (Soneto XVI).

Y agobiado, rendido, a los amados ojos implora en este soneto hermosísimo:

En vano error de dulce engaño espero,
y en la esperanza de mi bien porfío;
y aunque veo perderme, el desvarío
me lleva del Amor, a donde muero.

Ojos, de mi deseo fin postrero,
sola ocasión del alto furor mío,

tended la luz, romped aqueste frío
temor, que me derriba en dolor fiero.

Porque mi pena es tal, que tanta gloria
en mí no cabe y desespero, cuando
veo que el mal no debo merecello;
pues venzo mi pasión con la memoria
y con la honra de saber penando
que nunca a Troya ardió fuego tan bello. (Soneto XV).

Pero aún había de gustar las más amargas entre todas las hieles, los
despojos del amor. ¡Con cuán dulce vencimiento nos lo dice!:

Tanto bien representa la memoria,
y tanto mal encuentra la presencia,
que me desmaya el corazón vencido.
¡Oh, crueles despojos de mi gloria!,
desconfianza, olvido, celo, ausencia
¿por qué cansáis a un mísero rendido? (Soneto XII).

Desconfianza, olvido, celo, ausencia: gama tormentosa del difícil
amor. En el silencio de la noche, y lejos de su bien y de su luz, envuelto
en tinieblas, no descansa el cuerpo en el lecho, teme el pecho jadeante:
si ahora viniese, queda, la muerte..., si subiesen, le ahogasen las negras
aguas del insondable pozo del olvido...

Sólo la pluma de un artista supremo sabría expresarnos este terrible
frío que como helada vira se clava en el fondo de un alma. Fernando de
Herrera, con pulso tembloroso, atravesado de dolor y de belleza, nos ha
confesado este terceto, de tan divina sencillez y tan honda expresividad:

En el silencio de la noche fría
me hiere el miedo del eterno olvido,
ausente de la luz del alma mía. (Elegía I).

Iba, así, el poeta bebiendo una por una las hieles; y a la luz del sol
también sentía el frío de la desesperanza.

Y esperando contino desespero. (Soneto XXX).

Desesperaba; mas sólo desespera aquel que espera. Una verde luz
brillaría en su oscuro camino, allá en lontananza: esperaba...

VII

...que saldría luego
a la pura región de la alegría. (Soneto XXIII).

La hora tan esperada, llegó. Nos lo cuenta así la historia literaria:
Una tarde de otoño del año de 1575, estando a la sazón en el río
Guadalquivir una parte de la armada vencedora de Lepanto,

Aquí, do el grande Betis ve presente
la armada vencedora que el Egeo
manchó con sangre de la turca gente,
quiero decir la gloria en que me veo. (Elegía III),

ofrecióse a Herrera la ocasión de hablar sin testigos, en los jardines del
palacio de Gelves, con doña Leonor.

Naranjos y limoneros les ocultaban y les dejaban solos, frente por
frente, en la suprema verdad de sus vidas. La mujer confesó,

con blanda voz, que entre las perlas suena. (Elegía III).

Y fueron estas sus palabras:

Si por firmeza y dulce amar se alcanza
premio de amor, yo ya tener bien debo
de los males que sufro más holganza.
Mil veces, por no ser ingrata, pruebo
vencer tu amor, pero al fin no puedo;
que es mi pecho a sentirlo rudo y nuevo. (Elegía III).

¡Cuánta feminidad, cuánto contenido amor y gozoso rendimiento en
este terceto!:

Si en sufrir más me vences, yo te excedo
en pura fe y afectos de terneza:
vive de hoy más ya confiado y ledó.

No pudo responder don Fernando de Herrera.

No sé si oí, si fuí de su belleza
arrebatao, si perdí el sentido
sé que allí se perdió mi fortaleza. (Elegía III).

Tomó las amadas manos y aquel celebrado cabello, *crespo, sutil y bello*, en su cerviz se puso, mientras lloraban unos momentos, agobiados por la tristeza infinita de un amor imposible.

Y cuando el sol se puso, el poeta, alzando los brazos, miró al estrellado cielo e invocó a la noche, eterna amiga de los que aman:

No bañes en el mar sagrado y cano,
callada noche, tu corona oscura,
antes de oír este amador ufano. (Elegía III).

Hacia las negras alturas subió el callado grito de un corazón:

¡Ya pasó mi dolor, ya sé qué es vida! (Elegía X).

Había, al fin, llegado a la pura región de la alegría. ¡Viérais al poeta, aquella noche, la más hermosa noche, siguiendo de su ventana el curso de la luna, confesándole la alegría de ser hombre, la alegría de ser alma, la alegría de ser tierra!

VIII

*Breve será la venturosa historia
de mi favor; que es breve la alegría
que tiene algún lugar en mi memoria.* (Elegía III).

Breve fué la historia venturosa. Pronto hubo doña Leonor de cambiar de conducta, recriminándose la pasada ligereza. Así lo exigía el honor. Hízose, pues, acompañar, para evitar el encuentro a solas con el amado. El poeta se duele de ello:

y ahora una enemiga compañía
el paso al bien abierto me deshace.

Y ya del amor sólo quedó su poso: el dolor. Separados los amantes por la vida, el corazón les une. Herrera, en su soledad, hace de su amor mística, que es platonismo en su verso. La terrena belleza de doña Leonor le lleva a la belleza eterna:

Que yo en esa belleza que contemplo
(aunque a mi flaca vista ofende y cubre)
la inmensa busco, y voy siguiendo al cielo.
(Soneto XXXIII).

Es entonces cuando siente el poeta, como nunca, la gloria de su amor, razón de su canto:

Y no podrá mi áspero tormento,
y el inmenso dolor que temo tanto,
turbarme un solo punto de mi gloria;
que en medio de mi grave sentimiento,
de mi hielo y mi llama, alegre canto
de mi dichoso mal la rica historia. (Soneto XXXVII).

Pero pasan los años. El espíritu del poeta, sereno y reflexivo, se esfuerza por relegar, por dominar aquella viva pasión. Y en sus versos se refleja un difícil afán por desasirse de todo lo terreno, en las alabanzas de la virtud como lo único permanente, de la soledad, y el apartamiento.

Los bienes que el silencio en el desierto
da a un corazón modesto y bien regido
fuera de todo humano desconcierto. (Elegía VI).

Y ya el hombre piensa en la muerte:

Y levantando el alma de la tierra
subiré a las regiones celestiales,
do todo el bien y quietud se cierra. (Elegía IV).

Pero, de vez en vez, en esta penosa marcha hacia la paz, se interponen los dolorosos recuerdos de *lo que pudo haber sido*.

Porque Amor me refiere a la memoria
de mi dulce pasión el triste día
que le dió nueva causa a su victoria. (Elegía IV).

Mas ya el tormento esperanzado poco había de durar. El tiempo y la vida completaron su obra. Enferma doña Leonor y caen sus cabellos de oro. Más tarde, la muerte deshace la terrenal forma tan amada.

Austro cruel, que en breve espacio has muerto
la bella flor en cuyo olor vivía... (Elegía V).

Pero el amor triunfa sobre toda separación, aun sobre la misma muerte. Doña Leonor, en los últimos diez años de su vida, estampa una *F* en su rúbrica; dice: Fernando. Otras veces añade, además, una *A*, al fin de su nombre y apellido; dice: a Fernando. Y Fernando, en sus versos, elogia noblemente la virtud de la amada, su firme resistencia a la llama humana. No cree ya el poeta en la felicidad en este terreno amor:

y creed que en el golfo de Cupido
ninguno navegó, que al fin deshecho
no se perdiese falto de ventura (Soneto XLVIII).

Y cristiano, espera, cual su admirado Garcilaso, la unión allá arriba, en la tercera rueda dantesca, donde reina la eterna verdad.

...donde descanse y siempre pueda verte
ante los ojos míos
sin miedo y sobresalto de perderte. (Garcilaso, Egl. I).

IX

Che quanto piace al mondo e breve sogno.

(Petrarca, Soneto I).

Había amainado el temporal. El dolor se hizo remanso. Y fluía el espíritu del poeta como las aguas mansas y amargas del caudaloso Betis cuando se acerca a la mar.

Gústanos imaginar, entonces, al poeta en la soledad y sosiego de su escritorio. Blancas de cal son las paredes, y son los muebles de oscura madera. Hay sobre la mesa en que Herrera escribe, un crucifijo grande, también de madera oscura. El sol, que entra por la ventana, cae sobre los lomos en pergamino de los libros que se alinean en el estante.

El poeta, cuyas sienes blanquean, aquellas sienes que el pintor Pacheco dibujara ceñidas de inmortal laurel en su «Libro de retratos», tiene en su diestra la pluma. Las líneas de su rostro, con muda elocuencia, nos hablan de un viejo y persistente sufrir.

¿Véis que el poeta levanta ahora la cabeza? Va mirando los lomos de los libros, y acariciando con su cansado mirar los nombres venerados que en ellos se leen: Platón, Plotino, Virgilio, Horacio, Dante, Petrarca, Ausias March, Garcilaso. Va repasando el poeta, en su mente, sus muchas vigiliias en lenta lectura, en rico saboreo del pensamiento y la expresión de los antiguos y modernos. Sabe el poeta que les adeuda mucho, que hay en su obra mucho de ellos, en su obra poética nutrida de platonismo petrarqueseo. Pero sabe también que no les quitó nada que no devolviese al arte fundido en el crisol de su propia vida y de su propia alma. De su propia vida, orgullosamente encastillada, apagada y solitaria, pero con un escondido venero de turbulentas aguas cantarinas. De su propia alma, vestida de sayal cristiano y serio, serena, disciplinada.

Piensa el poeta en su voz en la voz de sus versos. antigua y clara; y la oye pálida, perlada, sin color ni relumbre, confidencial y seria y blanda. Su voz como aquella

blanda voz que entre las perlas suena.

El pausado son de unas campanas rompe el hilo de la meditación del poeta. Váse ahora su pensamiento al reciente desastre de Alcazarquivir, a la política, a las guerras. Y por todas partes le anegan las aguas de la amargura. Piensa el poeta y saca de su pensar que la virtud es lo sólo firme, durable y consolador en esta ingrata marcha hacia el olvido.

Y escribe Herrera, lenta, serenamente, los versos de la paz, pero también de la amargura, del desengaño. Y caen ya las azules nieblas del atardecer y en el cielo de la ventana luce Venus.

Ha levantado el poeta la cabeza, y fija su vista en el astro lejano, envuelto en frío azulino y soledad, como él mismo. Se empaña su visión, que están húmedos sus ojos, y un agudo frío se le mete en el pecho.

Sin que el poeta lo perciba, su mano, movida por no sabe qué cruel resorte, ha ido escribiendo. Fernando de Herrera ha bajado la vista al escrito. Lo emborrona una lágrima. Pero se lee:

Fuéme la suerte en lo mejor avara;
sombras fueron de bien las que yo tuve,
oscuras sombras en la luz más clara. (Elegía XI).

*
**

Y murió el poeta. Y pasaron los años. Pero aquella cuerda de la lira que a un espíritu adusto hizo pulsar el perfume de una mujer, siguió vibrando; seguirá vibrando la cuerda de la lira por los siglos de los siglos; dará sus notas, entre canto y llanto, al viento que todo se lo lleva; y las recogerán amorosos el verso, el pentágrama, el pincel o la piedra

mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran.

(Nota final: No pretende este estudio añadir nada nuevo en los aspectos lingüístico-estilístico e histórico-literario de la obra de Herrera. Trata únicamente de ser la exégesis actual de una voz poética antigua, pero sencilla, viva y clara. Dado este carácter de nuestro trabajo, no hemos utilizado para la cita de los versos la edición de las poesías de Herrera de Adolfo Coster, en la *Biblioteca Románica*. Hemos hecho uso de la edición de García de Diego en *Clásicos Castellanos*. Hemos tenido en cuenta el acertado prólogo de esta edición, que a veces hemos tomado literalmente. Se ha utilizado también el interesante folleto de Rodríguez Marín titulado «Herrera el Divino y la Condesa de Gelres»).

AGUSTÍN COS SORIANO.

Análisis químico de las aguas potables de Sevilla en 1765.

La *Real Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla* se fundó en 1697, bastantes años antes que las Reales Academias Española, la de Medicina y la de Ciencias. Fué la primera la Real Academia de Medicina de España y con nombre moderno se la podía y debía titular *Instituto Científico de España*, pues en ella se cultivaron todas las Ciencias: Medicina, Cirugía, Farmacia, Física, Química, Matemática, Cosmografía, Botánica y Teología en su relación con las ciencias experimentales. Todos los jueves del año, «desde el primero de enero hasta el inmediato después de Pascua del Espíritu Santo, y desde el primero después de San Lucas, hasta ocho días antes de Navidad», tenía sus sesiones o asambleas, y en cada una de ellas un socio disertaba sobre un punto previamente señalado en el programa anual de la Sociedad.

Desde el citado año de 1697, hasta el año 1819, o sea, 122 años, tenemos noticia que no interrumpió sus actividades más que los aciagos tiempos de la invasión francesa. De toda su inmensa labor sólo se publicaron 12 tomitos en 16.º, de 500 a 600 páginas, con extractos de las memorias presentadas. Adviértase que cada tomito sólo contenía los extractos de los trabajos del año precedente y que por tanto pasan de 100 los años de cuya labor nada se comunicó al público. Los trabajos, sin embargo, se iban acumulando en sus archivos. Su cantidad debía ser asombrosa. ¿Dónde han ido a parar? De su calidad se deshacen en alabanzas los historiadores de la Medicina Española, F. Morejón y Chinchilla, juzgando por lo poquísimo publicado, que, ya hemos dicho, no era una selección. ¿Cuándo dejó de existir la Sociedad más ilustre y meritoria de todas las científicas españolas? ¿Se transformó en alguna otra que aún perdura y conserva sus tesoros?

Estas preguntas interesantísimas nos confesamos en la imposibilidad de contestarlas y las hemos hecho movidos sólo del deseo de que algún sevillano nos las conteste. Algo bochornoso es que una Sociedad cuyo nombre se pronunció con respeto no sólo en España, sino también fuera de ella, no haya tenido hasta ahora quien le dedique más que cuatro elogios generales, sin más originalidad que la repetición. Su labor no médica ni siquiera ha merecido una alusión. Y, sin embargo, quizás sea la más interesante. Algo de ésta vamos a señalar en la presente nota, cuya introducción se nos dispensará que haya sido larga, en gracia al propósito de recordar a los sevillanos que tienen un tesoro de gloria todavía por descubrir.

*
* *

En la sesión celebrada el jueves 24 de octubre del año 1765, al inaugurar los trabajos de este curso, el doctor don Francisco Buendía y Ponce, presbítero, médico de Cámara del Rey Ntro. Señor, socio de número y vicepresidente de la Sociedad, pronunció una oración:

«Sobre el origen y calidad de las aguas dulces potables de Sevilla, su ensayo y elección, con el modo para preservarlas de las alteraciones que pueden padecer en sus tránsitos».

El tema, de higiene pública, es del máximo interés y se trata bajo todos los aspectos con que hoy se estudia, aprovechando todos los conocimientos científicos que en aquella época existían sobre la materia. De ninguna otra ciudad de España sabemos que por aquellos tiempos se hiciera de sus aguas potables un estudio tan acabado.

Acompañan a la Memoria tres planos: uno con el recorrido del Guadalquivir desde su nacimiento hasta su desembocadura en el mar, señalando todos sus afluentes hasta los más pequeños; otro con la conducción de las aguas de la Fuente del Arzobispo, y el tercero con la del agua de la Ermita de Santa Lucía, cerca de Alcalá de Guadaira, llamada de los Caños de Carmona. Estos dos últimos los hemos reproducido en fotograbado, por considerarlos en la actualidad más interesantes, aunque también el primero lo es.

Señalar todo lo bueno que se encuentra en el largo discurso de Buendía y Ponce, nos ocuparía muchas páginas, y por eso nos ceñiremos a hacer sólo pequeñas referencias.

Y lo primero que salta a la vista en este trabajo, es una nota simpatiquísima, común, por otra parte, a todos los escritos de la insigne Sociedad: *la continuidad de la Ciencia Española*. Conocían lo que sobre la materia tratada se había escrito en todo el mundo; pero ante todo, y sobre todo, lo escrito por los españoles. ¿Cuándo y por quién se rompió este hilo de la tradición, tan bien roto que todavía no se ha reanudado?

Buendía, al iniciar su discurso hablando de la gran trascendencia, para la Medicina, del conocimiento de la climatología local, sobre todo de la naturaleza de las aguas, nos cita a Hipócrates, Bacón de Verulamio, Cornelio Agripa, Reymanno, Tomás Sindenhán, Jorge Ballivo, Bernardo Romazini y Bartolomé de Moor; pero ante todo se detiene con los sevillanos (al menos por adopción) Nicolás Monardes y Juan de Aviñón. Y su conocimiento de los antiguos se enlazaba con el de los contemporáneos y nos cita a «uno de los más sabios miembros» de la Sociedad Sevillana, al señor Ortiz, en su libro «Del uso y abuso del agua», publicado en 1733.

Y lo mismo observamos cuando en las páginas siguientes se entreteiene en «descubrir la naturaleza de las aguas». Su erudición se extiende en breves citas de la Escritura, de Tales de Milezio, Virgilio, Ovidio,

Sturmio, Celso, Avicena, Alberto Magno, Kircher, etc., etc.; pero sin olvidar al mismo tiempo a los españoles Medina, en su «Grandezas de España», y a Gaspar Reyes, en su «Elisius campus», y así, en todo el discurso.

Pasa luego a ocuparse «de los tres famosos surtimientos de que se abastece abundantemente y a toda satisfacción esta populosa ciudad. Tales son los celebrados en todo el Orbe, Caños, que llaman de Carmona, el envidiado y caudaloso Río Guadalquivir, y la hermosa y copiosa Fuente, conocida con el nombre del Arzobispo, de quienes, dando antes una descripción histórica de su origen, situación, fábrica, y modo de conducirse, pasaremos después a examinar sus aguas, para que, haciendo juicio de su naturaleza, podamos echar los cimientos, para hacer de ellas la elección competente».

Al oír la voz de Buendía afirmar la celebridad de los Caños de Carmona en *todo el Orbe*, no podemos menos de imaginarnos la gran metrópoli andaluza, hirviendo de gentes de todos los países del mundo. ¿Quién hoy conoce los famosos Caños, ni en la misma España?

Comienza el disertante por la descripción minuciosa del nacimiento y recorrido de las aguas procedentes de Alcalá de Guadaira y que verían en el pilar de la Puerta de Carmona. En el precioso plano, que reproducimos, podrán apreciarse muchos pormenores y los sevillanos encontrarán en la Memoria impresa muchos datos para saber lo que fueron hace unos doscientos años los alrededores de su ciudad. Como dato curioso heráldico señalaremos el origen del título del Marquesado de la Mina, que se daba, según Buendía, a un manantial llamado de la mina, que nace debajo de Alcalá y que, unido con otro, se reúne con el acueducto principal.

Sigue la descripción de la Fuente del Arzobispo, con los detalles que se contienen en el segundo plano. Estas aguas llegaban, entre otros puntos, a seis fuentes con 24 caños «al famoso paseo de la Alameda, digno de particular memoria en las Historias y al presente... capaz de competir, por nuevo plantío, fábrica y columnas, con los más deliciosos de Europa toda».

De lo mucho y precioso que a continuación nos dice del Guadalquivir, sólo quiero citar las siguientes palabras que dan valor de originalidad a su trabajo: «Voy a dar a la curiosidad una noticia de los Ríos y Arroyos, que se le comunican al nuestro, y en que podrán compensar la impertinencia de leerlos, el no poco trabajo que me ha costado el descubrirlos». La enumeración y descripción es muy minuciosa y puntualizada.

Y vengamos ya al análisis de todas estas aguas, que es lo que más interesa a la salud pública y lo que constituye el objeto propio de la disertación. Aquí nuestro autor procede como lo hubiera hecho un analista moderno, sin más diferencia que la de los medios y conocimientos en una

y otra época disponibles. La toma de las muestras, de tan gran importancia para llegar a resultados seguros, no puede ser más racional. De los Caños de Carmona analizó cinco muestras, tomadas: una en su origen, tres de los manantiales que se le agregan en su recorrido, y la quinta en la misma fuente de la ciudad. De las de la Fuente del Arzobispo analizó dos; tomada una en su mismo origen y otra en los caños de la Alameda. Del agua del río hizo dos análisis, uno de la tomada «como está, pero en cierto lugar y hora, y otra, la misma dejada sentar mucho tiempo».

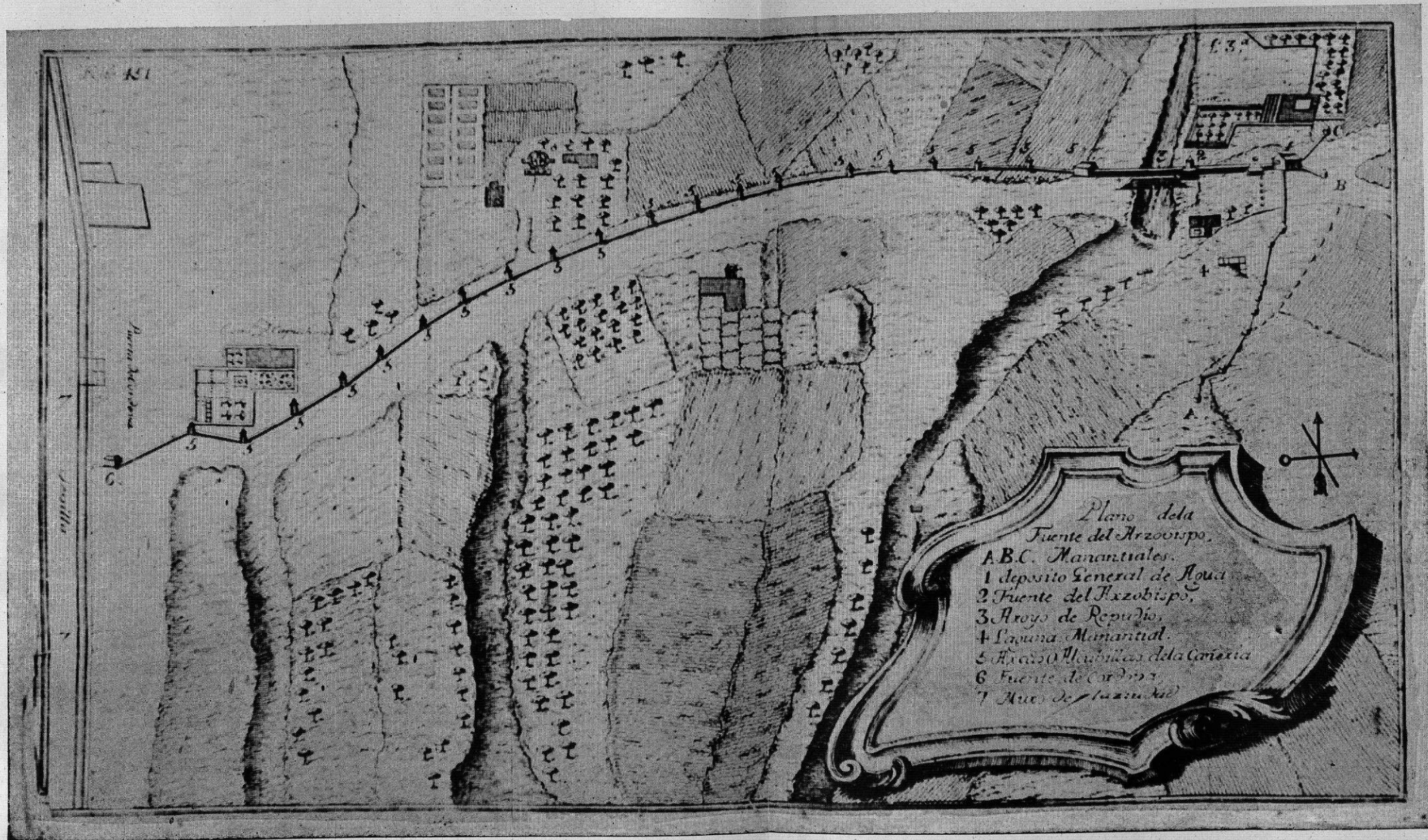
La acusación tantas veces lanzada contra los españoles, de ser ineptos para las ciencias de observación y experimentales, no reza con Buendía, ni con sus antecesores y sucesores en la Real Sociedad Hispalense. Véase la siguiente experiencia, para Buendía inexplicable por no haber nacido todavía la bacteriología. Cita experiencias de Boyle para convenirse de la imposibilidad de encontrar un agua libre de partículas extrañas, y añade: «Con menos impertinencia y tiempo se convence su impureza, incluyendo un poco de agua, igualmente pura y transparente, en un vaso de vidrio, bien limpio y fuertemente sellado, la cual, dejándola quietar, se notará empodrecerse y turbiarse, precipitándose de ella cierta materia verde pingüe, que espira un olor pútrido, y, probada con la lengua, un sabor nauceoso». Pero sobre los sentidos, está siempre la inteligencia, y por eso advierte que hay que andar cautelosos y prolijos en las investigaciones, sin omitir nada de lo que puede contribuir al descubrimiento de la realidad.

No basta que una agua posea «claridad o diafanidad, y que carezca de todo color, olor y sabor... para que se asegure su pureza y salubridad». Es más, un agua en su origen perfectamente potable, puede dejar de serlo por las alteraciones que en su naturaleza y virtudes pueda experimentar en su transporte. «He oído decir varias veces que, bebida junto a su manantial, la que llaman, no sé por qué, *agua Alunada*, suele mover vómitos, cursos y aun la orina; y nunca he notado en los que aquí la usan, aunque sea acabada de traer, efectos tan ventajosos»... Si hubieran tenido presente esta observación de Buendía, no hubieran pretendido más tarde los químicos fabricar en el laboratorio aguas medicinales, idénticas a las naturales por su composición química.

Pero ya es hora de que «pasemos a los ensayos y pruebas, a cuyo manejo han contribuido no poco los sufragios de la bien experimentada destreza de nuestro sabio actual Espagírico, el Sr. D. Antonio Joseph Correas».

El químico Correas es uno de los muchos socios meritísimos que está esperando lo saque del olvido la cariñosa pluma de alguno de sus paisanos.

Empieza Buendía manifestando la poca validez de las prácticas entonces y aun hoy seguidas para averiguar la potabilidad de las aguas.



Poco vale el experimento de la decocción de las legumbres, pero la prueba fundada en «calentarse o enfriarse con más facilidad unas que otras aguas, se puede considerar como falsa y de ningún valor para el intento». La solución con el jabón, la estima inútil.

Desechadas todas estas pruebas, pasa sólo «a exponer lo que nos ofrece el Cilindro Stático, la balanza o peso de cruz de tres fieles, la ins-tilación de varios licores en las aguas, la evaporación de éstas en su misma operación, y el residuo, que dejan, concluída aquélla». Es decir, que después del análisis organoléptico, al que concede relativa importancia, examina la densidad de las aguas, las somete a reactivos para averiguar su composición química, las evapora y el residuo lo analiza también químicamente. Sólo falta el análisis bacteriológico para ponernos al día.

Para la Historia de la Química en España tendría interés estudiar a fondo el trabajo de Buendía y Ponce y quizás mejor, de Correas. Pero éste no es lugar a propósito. Los resultados obtenidos, sí pueden ofrecer interés. Según Buendía, corresponde el primer lugar a la Fuente del Arzobispo, el segundo a los Caños de Carmona o Fuentes de Alcalá y el tercero al Guadalquivir, advirtiéndole, no obstante, que alguna de las dos últimas «puede en algunos individuos ser, o por su singular naturaleza o costumbre en usarla, preferible a la primera».

Acaba el estudio indicando los remedios que convendría aplicar para subsanar los defectos comprobados y debidos a la impurificación de las aguas de los Caños en su recorrido, parte del cual lo hacían en canal descubierto. Naturalmente que esta impurificación era principalmente de carácter bacteriológico, como se deduce de la misma descripción de Buendía. Entonces se ignoraba esto, pero el remedio que propone es el más indicado. Habrá, pues, que «formar un acueducto semejante al que poco ha se costó de la citada Fuente. Mas sirviendo de regla para todos, que en la construcción de estos canales de ningún modo se debe permitir el uso de metales, especialmente los más viles; siendo observación constante que las aguas que corren por los formados de plomo son no poco perniciosas a la salud». La *filtración* es otro de los remedios, «pues nadie ignora que dejada asentar la del Río por mucho tiempo, y filtradas las otras por morteros de piedra, las hace a todas clarísimas, gustosísimas y saludables. Como se practica con las del Río en los famosos Conventos de San Isidro del Campo, el de Los Remedios, los Santos Lugares y otros, con algunas casas particulares».

No se crea, sin embargo, que la sedimentación y filtración eran, a juicio de Buendía, suficientes para potabilizar las aguas del río. «Para nuestro Guadalquivir se me presenta moralmente imposible en lo general el total remedio a su impureza, y sólo propondré las cautelas que se deberán tener presente en cogerlas para el común uso; siendo éstas que, mientras más disten las aguas de la ciudad, río arriba, será mejor...»

Terminaremos esta breve nota haciendo nuevos votos por que se procure averiguar el paradero del Archivo de la Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla y se estudien y seleccionen sus Memorias, en la seguridad de que se habrán de encontrar verdaderos tesoros.

BRÍGIDO PONCE DE LEÓN ALMAZÁN.

Madrid, 30 de abril de 1945.

La Fiesta de la Hermandad Sacramental del Salvador y dos sonetos inéditos de Miguel Cid*

En el año de 1594, la Hermandad Sacramental de la Colegial del Salvador, de Sevilla, y los vecinos de la collación, hicieron una fiesta en honor del Santísimo Sacramento, tan extraordinaria y solemne, que el licenciado Reyes Messía de la Cerda la juzgó digna de que se conservase su memoria, para lo cual redactó una extensa relación, donde, muy al pormenor y con elegante estilo, la describió.

Esta relación, preciosa y de gran interés, está aún inédita. Se conserva en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, y de ella dió una ligera noticia don Jenaro Alenda en su libro *Relaciones de Solemnidades y Fiestas Públicas de España*.

La relación, autógrafa de la «Fiesta del Sacramento» de la parroquia del Salvador, forma un volumen en 4.º de 179 hojas, con 91 dibujos a pluma e iluminados, que reproducen los altares, arcos y adornos que hubo en las calles que la procesión recorrió y que le dan al texto singular valor. ¡Lástima que no conste el nombre del artista que los ejecutara!

El licenciado Reyes Messía de la Cerda, del que no he hallado noticia biográfica alguna, fue sevillano, según lo declara en el prólogo de su obra: «tratar de una grandeza casi increíble de esta insigne ciudad, a quien Dios, por hacerme particular merced, me la dió por madre».

La fiesta que describe el licenciado la organizó la Hermandad Sacramental, que consultó su propósito al Cabildo de la Colegiata, a quien no sólo pareció muy bien el proyecto, sino que nombró a los canónigos Tapia y Almonacid, al sochantre Luis de León y al licenciado Diego de Valenzuela, para que interviniesen y cooperasen en el «negocio»; a éstos se sumó el canónigo Bartolomé de Lodeña, que contribuyó mucho al esplendor de la fiesta.

Con la representación del Cabildo se reunió la de la Hermandad, compuesta por Juan Barbero, mayordomo, y el prioste Pedro Díaz, y redactaron, por así decirlo, el programa de la fiesta, que se publicó, el domingo 1.º de agosto de 1594, por las calles de la feligresía, al son de atabales y trompetas.

Se prometía «una taza de plata, de valor de trescientos reales, a quien mejor paso el día de la fiesta a su puerta pusiese, y un cubilete de plata, de valor de cien reales, a quien mejor arco, o ya en calle o ya en plaza, levantase, y seis cucharas de plata, de valor de cincuenta reales, a quien con más curiosidad aderezase su puerta».

La víspera de la procesión hubo fuegos de artificio, con quemas de castillo, no obstante que estaban prohibidos, por las desgracias que estos festejos habían producido en otras ocasiones.

La procesión recorrió el siguiente itinerario: calle de Culebras, plaza de la Fruta, calles de los Dados, de la Compañía, calle «que va a la Carpintería», Cerrajería, Sierpes y por los Talabarteros volvió al Salvador.

Los vecinos de la estación rivalizaron en el adorno de las fachadas de sus casas, distinguiéndose entre ellos el poeta don Juan de Arguijo, que adornó ricamente, con su proverbial largueza, la fachada de su suntuosa casa, frente a la casa de la Compañía de Jesús.

Se llevó la palma en el lujo y novedad la calle de las Sierpes. Lució un adorno de treinta y siete doseles de brocado, que prestó el marqués de Peñafiel, algunos con las armas de los Riberas. Gastaron los vecinos en la decoración más de mil quinientos ducados. Messia de la Cerda, dice en su relación:

«Estuvo esta calle aderezada dos días para que su curiosidad pudiese ser vista de todo el pueblo, y fué tanta la gente que acudió a verla que por los dos extremos de la calle, para refrescar a los que salían calurosos, estaban más de treinta aguadores, y el que menos de todos, cada día de estos vendió, a dar jarritos a maravedí, doce reales, y hubo quien de ellos llegase a ducado y medio».

La procesión fué por este orden: Abrían marcha las zarandajas de la fiesta; detrás de ella la tarasca, en forma de sierpe, con dos hombres dentro de ella que la gobernaban, con sus mojarillos para defenderla de las acometidas de los muchachos; seguían cuatro danzas, formadas por cuarenta y ocho personas, y tras ellas las trompetas y atabales de la ciudad y las folionas portuguesas que acompañaban a un monumental San Cristóbal; continuaban las hermandades establecidas en la Colegiata, entre las que sobresalía la de la Virgen de las Aguas, y después, el estandarte de San José, ante las andas de San Roque; seguían el paso de Santa Catalina, con el estandarte de las Virtudes; San Francisco, con el estandarte del Entierro; San Sebastián, con el estandarte de Nuestra Señora de la Cabeza; Sanias Justas y Rufina, con el estandarte de la Verónica; San Hermenegildo, con el estandarte de las Angustias y San Juan Bautista.

Iban a continuación diez y ocho cruces parroquiales, precedidas por el guión de la Sacramental; doscientos cincuenta clérigos con sobrepellices, en filas, y, entre ellas, varias andas con reliquias, como el *Lignum Crucis* y la Sagrada Espina.

En el último cuerpo de la procesión figuraba el gremio de los Carpinteros, con la imagen de su patrón San José; los pasos de Santa Ana, la Virgen, el Niño Jesús, San Isidoro y San Leandro. Estas dos imágenes llamaron la atención, por el lujo de sus vestidos. Los arregló doña Catalina Niño, mujer del Veinticuatro don Diego Caballero de Ca-

brera, «y fué tanto el oro y piedras preciosas y perlas que les puso— escribe Messía—que parece cosa increíble poderlo explicar; entre las cosas que llevaban dignas de memoria, fueron cien perlas, que cada una valía cien ducados, y entre ellas una, que sólo ella vale cuatro mil quinientos ducados, puesta en cabeza del mayorazgo de Diego Caballero de Cabrera, y una piedra diamante de valor de cinco mil ducados, por ser su grueso como de una castaña».

Finalmente, iban muchos clérigos, que, según la relación, alternaban en llevar «las varas de plata de un palio rico de brocado que la Cofradía del Sacramento de esta iglesia famosa tiene; en medio de éste iban unas andas, a manera de trono, sobre el que estaba una silla de terciopelo verde, y en ella sentado el Sumo Pontífice San Pedro, príncipe de los Apóstoles, con el Santísimo Sacramento en las manos; guardándose en esto el orden que en Roma tienen los Cardenales en llevar este día el Cuerpo de Cristo».

Inmediato al palio fueron el Cabildo de la Colegiata, cuatro oidores de la Audiencia, y en medio el Asistente. Cerraban la procesión cincuenta alabarderos y la capilla de música de la Catedral.

De los altares que se colocaron en la plaza del Salvador, fué el más celebrado el de la fachada del Hospital de Nuestra Señora de la Paz. En el altar, entre otros adornos y galas, hubo unas grandes tarjas que tenían escritos unos sonetos originales del poeta Miguel Cid, del que dijo Cervantes,

que al coro de las musas pone espanto.

Estos sonetos, a los que creo, no se han impreso, y pueden considerarse como inéditos. Son las composiciones muy características de la inspiración del cantor de la Inmaculada, y, seguramente, su conocimiento agrada a los que se dedican al cultivo de la historia literaria en nuestra ciudad; aunque con los sonetos no escalaría Miguel Cid la cumbre del Parnaso.

EN LOOR DEL SANTISIMO SACRAMENTO

*El pan de tres harinas que aquí vemos
en la virginea artesa fermentado,
do eterno, antiguo y nuevo se ha mostrado
a los divinos, ciego lo comemos.*

*Cocerlo, eterno Dios, por fe tenemos;
lo antiguo en la Pasión fué sazonado,
lo nuevo en el ardor enamorado,
con que Dios se nos da, cual lo creemos.*

*Aqueste es el maná, el Pascual Cordero,
el convite en Sión dado a Isaías,
y el pan dado a Abraham, aquí se encierra.*

*Partido en su sustancia es lo que entero,
la mansa víctima es de Hieremías
y el pan que harta las almas en la tierra.*

*
* *

*Veni a la boda, humanos, sin escote,
que Dios y el alma son los desposados,
las arras el perdón de los pecados
y el cura que los casa el sacerdote.*

*La alma lleva amor y fe por dote,
que si éste falta no hay quedar casados;
mas quiere Dios que sean convidados
del rey hasta el más bajo de capote.*

*La mesa es el altar, la hostia el plato;
mas pasa aquí una cosa nunca oída:
que es el manjar el novio de la boda.*

*¡Oh caso nuevo y a los hombres grato!
¡Que coman todos toda la comida
y quede la comida entera toda!*

El libro del licenciado Reyes Messía de la Cerda es la relación más curiosa e interesante de cuantas refieren fiestas celebradas en Sevilla en el siglo XVI. Por su literatura, por las noticias que contiene, por los numerosos y notables dibujos que lo enriquecen, es digno de que viera la luz pública.

SANTIAGO MONTOTO.